LA HORA DE LA ESPADA.-

 ¿Quién recuerda a Leopoldo Lugones (1874-1938)? Muy pocos, quizás sería decir mucho. Fue un poeta argentino que utilizó su talento – el modernismo estético rico en recursos simbólicos – para influir en política y embadurnarla con una ideología filo fascista que proponía la autoridad de los más capaces; concepto que ganaba adeptos en Europa luego de la Primera Guerra Mundial y de la Revolución rusa. Pero, ¿quiénes son los más capaces para gobernar? Los héroes, respondería Carlyle, según la corriente de pensamiento denominada voluntarismo o razón práctica, cuyo otro gran adherente fue Nietzsche, autor de “Así hablaba Zaratustra”, con sus novedades: el hombre superior, el pantano del libre albedrío y aquel “Dios ha muerto” que se resume en el pesado fardo de responsabilidad que debemos cargar a cambio de una cuestionada libertad; en fin, la incertidumbre, hija necesaria del romanticismo – liberalismo.

 ¿Cuál es la razón para recordar a este olvidado poeta, periodista y ensayista que influyó más allá de lo que podía preverse y que terminó suicidándose en las afueras de Buenos Aires por una depresión amorosa, según dicen, amén de su fracaso político? Vayamos por partes: Lugones perteneció en sus orígenes a una élite emergente de clase media compuesta por jóvenes intelectuales que necesitaba hacer ruido para dar la vuelta a ciertas cosas y caer parados; de esta suerte, se opuso al liberalismo conservador de la élite política argentina y a las ideas democráticas de José Ingenieros , su antiguo socio en el periódico “La Montaña”, y rompió con su militancia socialista cuando percibió que no sacaría algún provecho y apostó por un proyecto autoritario y corporativista de acuerdo con la dirección de los vientos que soplaban desde Europa: el discurso frontal de Mussolini. Veamos un fragmento de un artículo publicado en “La Nación” a fines de los treinta: “Cumplo el deber patriótico de advertir el peligro a los capaces, distraídos, quizá, en una seguridad engañosa. Las llaves de la paz son de oro y hierro y no están en los parlamentos ni en las urnas de sufragar (…) Se impone cada vez más que procedan los capaces”. Por supuesto que estos argumentos sentaron de plácemes a los militares que buscaban un rol en primera fila. En 1930 el general José Félix Uriburu le encarga la redacción de un manifiesto para justificar ante el pueblo su golpe de Estado en contra del Gobierno legítimo de Yrigoyen. He aquí un fragmento: “El Ejército y la Armada de la Patria, respondiendo al clamor unánime del pueblo de la Nación y a los propósitos perentorios que nos impone el deber de argentinos en esta hora solemne para el destino del país han resuelto levantar su bandera para intimar a los hombres que han traicionado en el gobierno la confianza del pueblo y de la República el abandono inmediato de los cargos, que ya no ejercen para el bien común, sino para el logro de sus apetitos personales…” Es entendible que este manifiesto pasado por el visto bueno de la Corte Suprema de Justicia haya dado origen a la doctrina de los gobiernos de facto que se repetirían en Argentina en 1943, 1955, 1966 y 1976, período de 53 años que concluyó en 1983, dejando en su última etapa un reguero de muertes violentas a consecuencia de una guerra sucia y de otra que intentó ser una huida hacia adelante… A propósito, se nos ocurre un pie de verso: Argentina es como una burbuja que se perdió en el tiempo, y atrapada quedó en los años treinta: “amar, combatir, mandar, enseñar”. Quizás algún día podamos concluir.

 El discurso de Lugones en Lima al inaugurarse el monumento a Sucre, por motivo de la conmemoración de la batalla de Ayacucho, el 17 de diciembre de 1924, es el momento culminante – en nuestra opinión - de la entrada oficial de las ideas fascistas que unidas al caudillismo endémico permitieron el nacimiento, con pañales ideológicos, de las dictaduras latinoamericanas hasta llegar a la dictadura cubana y los socialismos populistas de estos años. Recordemos que dicha batalla ocurrió el 9 de diciembre de 1824. Pues bien, el presidente del Perú (1919-1930), Augusto Leguía, a fin de dar más brillo a su mandato, caracterizado por el culto a su personalidad, organizó unas largas y apoteósicas celebraciones que se extendieron desde 1921 hasta 1924, para conmemorar los cien años de la Independencia; el período completo de su mandato se conoce como el Oncenio de Leguía y, como puede inferirse, tuvo un estilo dictatorial y populista. En estas circunstancias y aprovechando sus buenos contactos externos, invitó a un grupo de destacados intelectuales como Amado Nervo, Leopoldo Lugones, Guillermo Valencia, Ricardo James Freile, entre otros. Aclaramos que el primero no pudo asistir por su imprevista muerte ocurrida en Uruguay. En su intervención, el peruano Chocano, conocido como el “Cantor de América” y que se había declarado amigo de ese régimen, elogió a las “dictaduras organizadas” de Latinoamérica como la de Leguía y la de Gómez en Venezuela; por su parte, Lugones afirmó que había llegado “la hora de la espada” para el continente.

 Por considerarlo de interés histórico, transcribimos algunos fragmentos del discurso de Lugones con motivo de la citada efeméride: “Yo quiero arriesgar también algo que cuesta mucho decir en estos tiempos de paradoja libertaria y de fracasada, bien que audaz ideología.

 Ha sonado otra vez en América, para bien del mundo, la hora de la espada. Así como ésta hizo lo único enteramente logrado que tenemos hasta ahora, y es la Independencia, hará el orden necesario, implantará la jerarquía indispensable que la democracia ha malogrado hasta hoy, fatalmente derivada, porque esa es su consecuencia natural, hacia la demagogia o el socialismo (…) Pacifismo, colectivismo, democracia, son sinónimos de la misma vacante que el destino ofrece al jefe predestinado, es decir al hombre que manda por su derecho de mejor, con o sin la ley, porque ésta, como expresión de potencia, confúndese con su voluntad (…) La vida misma es un estado de fuerza. Y desde 1914 debemos otra vez a la espada esta viril confrontación con la realidad”.

 Lugones en este célebre discurso definió al pacifismo como: “Culto del miedo, o una añagaza de la conquista roja”. Declaró caduco el sistema constitucional y postuló: “El ejército es la última aristocracia, vale decir la última posibilidad de organización jerárquica que nos resta entre la disolución demagógica”.

 Como podía esperarse, estas ideas extremistas tuvieron resistencias en algunos círculos intelectuales y no tardó en producirse la respuesta de José Vasconcelos, paladín en la defensa de la libertad y la democracia; él sentenció: “Hemos perdido un poeta y hemos ganado un bufón”, en un artículo titulado “Poetas y bufones”, publicado en “La Antorcha”, el año 1925, y, por supuesto, se refería a los dos: Chocano y Lugones. Esta publicación tuvo una secuela trágica a raíz de que un grupo de jóvenes intelectuales respaldara dicho manifiesto. La discusión, al tocar puntos sensibles y personales que siempre es mejor evitar, se convirtió en disputa y agresión incontrolada. El joven Edwin Elmore abofeteó a Chocano a las puertas del diario “El Comercio” de Lima; el poeta, un hombre egocéntrico y soberbio, respondió con disparos y mató a su rival, y fue a la cárcel, porque no pudieron demostrar “defensa propia”, pero por su influencia salió al poco tiempo, viajó a Santiago de Chile, porque no podía permanecer en Lima, y se hundió en un torbellino que acabó con su propio asesinato por un demente, pero él mismo, que se decía descendiente del “Gran Capitán”, andaba obsesionado en la búsqueda de un gran tesoro; en fin, tuvo una apoteósica despedida en su traslado al panteón… Chocano fue un tipo privilegiado por su singular talento y por los recursos familiares que le permitieron acceder a una buena educación, también fue un aventurero que llegó a ocupar el cargo de secretario de Pancho Villa en Méjico. En aquel entonces, en un cuaderno prologado por ese caudillo, escribió: “Méjico terrorífico y fulgurante / Que trabajar pareces con torvo empeño / En agregar un círculo a los de Dante”.

 Leímos que el Papa regaló un rosario a una política argentina de ideas extremistas que se encuentra en la cárcel, no por sus ideas, sino por su relación con las mafias, asunto que es de dominio público; la más fácil interpretación de este hecho sería que es para que rece y se componga, y no necesariamente como un apoyo político; en fin, el fascismo es un error mayúsculo que siempre terminará haciendo más daño al pueblo, aunque sus adherentes no sepan de lo que se trata. Y ojo con la contaminación interestatal por narcotráfico.

 Aclaramos que la recopilación de estas notas la hicimos hace un año, pero no habíamos tenido oportunidad de redactar el ensayo correspondiente, así que el hecho de publicarlo ahora es solo por la ley del mínimo esfuerzo; tal y como ocurrió con el artículo titulado “España podría salir trasquilada” que estaba listo para el mes de abril, pero luego, por la suspensión de la Página tuvimos que editarlo unos meses después, aunque conservando la misma fecha para recordar la razón que tuvimos para escribirlo; el asunto es que, aparte de la libertad de opinar, nos interesa mucho la prosperidad de Europa y de España, en particular, y no nos agradaría contemplar impotentes a un país que se fragmente y debilite, quizás convirtiéndose en experimento para algo más desastroso, como alguna vez ocurrió.

 Para concluir, nuestro avisado lector estará listo, sin más preámbulos, para entender que la peor demagogia es confundir progresismo con fascismo: “Las llaves de la paz no están en los parlamentos ni en las urnas de sufragar”. La captación de las instituciones por el poder Ejecutivo lleva precisamente a esa peligrosa negación, y el diablo es el mayor mentiroso; pruebas al canto…

CARLOS DONOSO G.

Febrero de 2016